

Tamara González López

«Por el peligro que le amenazaba»: bautismos de socorro y mortalidad infantil en la diócesis de Lugo¹

Notas acerca de la edición de Santiago Martínez Hernández

Universidade da Coruña
tamara.gonzalez.lopez@udc.es

En 1825, Martina Gayoso y don José Muñiz dieron la bienvenida a su primera hija, Francisca Micaela, en un parto en el que tuvieron que administrarle agua de socorro por el riesgo de muerte. Medio año después, fallecía. Poco sabía este matrimonio que la experiencia vivida con la primera de sus diez hijos sería semejante con el resto: enterrarían a todos antes de cumplir los dos años y ningún hermano conocería a los demás². Este ejemplo está lejos de ser un caso anecdótico, pues la muerte de los niños en sus primeros años de vida era muy frecuente y apenas hubo matrimonios que no enterrasen a alguno de sus hijos.

Ese alto número de niños que morían antes de los siete años fue un obstáculo al crecimiento de la población; incluso en el siglo XIX, cuando las cifras de fallecidos descendieron. El momento de mayor riesgo de muerte era en el propio parto y en los ocho días inmediatos: un cuarto de los que acabarían falleciendo de niños lo haría en ese plazo (Saavedra Fernández 1992, 92). Para evitar que estos niños quedasen fuera del “Reino de los Cielos”, la Iglesia permitía administrar agua de socorro a los que nacían débiles. Factores, como el conocimiento de la doctrina cristiana por parte de la población o como los avances médicos, explican que el número de bautizados de socorro fuese diferente entre el siglo XVI y el siglo XIX.

A continuación, se analiza el número de bautismos de socorro realizados en la

¹ Revisado por Fernando Sanz-Lázaro. Trabajo realizado en el marco del Proyecto de investigación, «Orden, conflicto y resistencias en el Noroeste peninsular ibérico en la Edad Moderna», PGC2018-093841-B-C31, financiado por la Agencia Estatal de Investigación y Fondos Feder (Unión Europea).

² Archivo Diocesano Central Parroquial de Lugo (ADCPLu), *Libro I de Bautismos de San Bartolomé de Belesar*, 1705-1851, ff. 91-190.

diócesis de Lugo y sus actores; para, después, tratar de examinar la relación entre este y la muerte infantil. Para ello, se han tomado varias muestras entre los siglos XVII y XIX de más de treinta parroquias de la diócesis de Lugo (Galicia), que suman un total de 17.578 bautizos.

La diócesis de Lugo era un territorio con una densidad de población baja, aunque aumentó a finales del siglo XVIII gracias a la introducción del cultivo de la patata. A pesar de que las estructuras familiares nucleares eran las más frecuentes, las estructuras complejas, en las que convivían personas de distintas generaciones, así como hermanos y tíos solteros, tuvieron un peso destacado. Resaltamos este dato porque significa una mayor posibilidad de que las madres estuviesen acompañadas por varias personas durante el parto y que estas decidiesen administrar un bautismo de socorro.

Evolución de los bautismos de socorro

En Lugo, el 1,76 % de los bautizados había recibido agua de socorro al nacer, pero la proporción sobre los nacidos sería superior: al dejar pasar varios días entre el nacimiento y el bautismo, el número de niños que fallecían en ese tiempo no quedaba registrado. Además, en la diócesis de Lugo no era habitual que se registrasen los niños que no llegaban a ser bautizados en la iglesia, por lo que su rastro documental es nulo. Por lo tanto, en parte de las localidades estudiadas, se debería aumentar un 3 % el número de nacidos (Saavedra Fernández 1992, 85). Esto se agrava entre los niños que recibieron un bautismo de socorro porque la Iglesia daba un plazo mayor —quince días frente a ocho— para que se llevase al nacido al templo parroquial, por lo que aumentaba el riesgo de que falleciese sin ser llevado a este. Además, como se verá, las familias aprovecharon ese tiempo extra.

Si analizamos los distintos períodos, se observa un incremento del uso del bautismo de socorro desde el siglo XVII: 1,10 % en las décadas centrales del siglo, que asciende ligeramente en los años finales (1,21 %), para tener un crecimiento mayor en la primera mitad del siglo XVIII cuando el 2,05 % de los bautizados recibió agua de socorro y, al acabar el siglo, eran el 3,11 %. Esta tendencia se rompe en el cambio del siglo XVIII al XIX, pues comienza a descender desde ese máximo (3,11%) a un ínfimo 0,92% al acabar el siglo XIX. Al comparar con otras áreas se evidencia las diferencias del uso del agua de socorro: por ejemplo, en Teramo (Italia), en el siglo XVII, se administraba al 5,26-8,04 % de los bautizados (Basilico 2010, 14-15), el triple de Lugo. Dentro de la península, la diferencia no es tan marcada: en el País Vasco la recibían el 2,3 % (Hanicot Bourdier 2006, 3).

Fueron varias las causas del incremento del recurso al bautismo de socorro. En primer lugar, el aumento de la mortalidad infantil favoreció que se administrasen con mayor frecuencia. En el siglo XVIII, hubo varias crisis de subsistencia por lo que tanto los niños como las parturientas se hallaban más débiles. La consecuencia fue una

percepción de mayor riesgo de muerte que, real o no, llevaría a administrar más agua de socorro por prevención. Cuando a finales de dicho siglo mejoran las cosechas, las mujeres pudieron afrontar el parto con más fuerza y se redujo el número de niños que morían. Por lo tanto, la percepción de una elevada posibilidad de fallecimiento de los nacidos se rebaja y, por extensión, los bautismos de socorro solo se administran en los casos de mayor gravedad.

En segundo lugar, habría que citar el campo de la medicina, pues los avances en el conocimiento del cuerpo y los remedios pudieron hacer más seguro el parto, lo que redujo el número de bautismos de socorro realizados. Sin embargo, la mayor repercusión de este campo fue el aumento del número de médicos, cirujanos y boticarios, que facilitaron el acceso a medicinas y a una mejor atención en las áreas rurales.

En tercer lugar, la Iglesia incidió en la necesidad de recibir el bautismo, mensaje que fue calando en la población, por lo que los progenitores pusieron mayor atención a salvar el alma de sus hijos. Además, también se hizo hincapié en la necesidad de que las partidas de bautismo se ciñeran a un mismo modelo: los párrocos seguían el sistema de minutas (Sobrado Correa 2001, 53), por lo que muchas se perdían antes de anotarse en el libro y otras no eran anotadas por la muerte de la criatura. La anotación de uno de los frailes de san Salvador de Asma ejemplifica esto: tras anotar que se bautizó a finales de febrero una hija de Pedro Fernández y María Fernández, omite el resto de datos porque “murió esta niña en 6 de marzo de 1600 y así no se puso lo demás”³. Es decir, aun tratándose de una niña bautizada solemnemente, dejó inconclusa la partida.

Por último y en línea con esto, el factor con mayor repercusión fue la tendencia a dejar pasar menos días entre el nacimiento y el bautismo solemne. En los años centrales del siglo XVIII, el 4,65 % de los niños era llevado a bautizar el propio día de su nacimiento; el 12,2 % al día siguiente y el 13,65 % en el segundo día de vida. Hasta pasada una semana no se superaba el 90 % de bautizados, rozando el máximo del plazo de ocho días que permitía la Iglesia (Moratinos y Santos 1675 Lib. III, Tít. XIV, Const. II).

En el siglo XIX, se adelantó progresivamente la fecha del bautismo siguiendo la tendencia ya extendida en el resto de Europa (Couriol 2012, 145-146; Rey Castela 2015, 205). En el conjunto de la diócesis, el 60,86 % de los nacidos en las décadas centrales del siglo fueron bautizados en las primeras cuarenta y ocho horas de vida. Este proceso favoreció ligeramente a los bautizados de urgencia, pues el 62,3 % se bautizaban en dicho plazo. Al llevar en los primeros dos días al recién nacido a la Iglesia, el bautismo solemne sustituyó al bautismo de socorro, con la salvedad de los casos más graves. Aquellos recién nacidos que se veían débiles, pero no con riesgo inmediato, simplemente eran llevados con la mayor premura ante la pila bautismal.

³ ADCPLu, *Libro I de Bautismos y Matrimonios de San Salvador de Asma*, 1567-1633, f. 29.

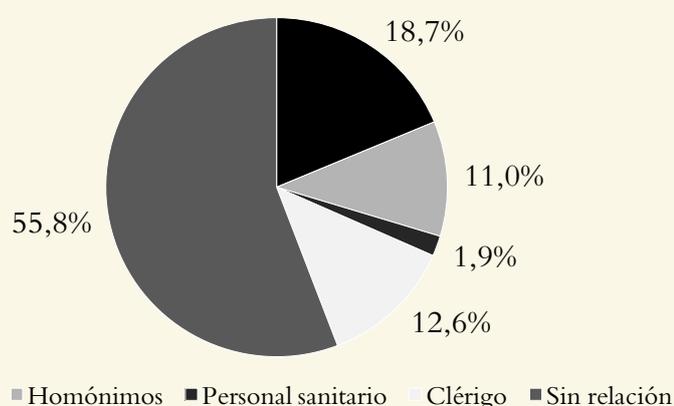
Estos factores de corte cultural y religioso no deben ser minusvalorados, pues son las únicas explicaciones válidas para la gran diversidad que presenta el uso del agua de socorro, que se mueven en una horquilla más amplia que la mortalidad infantil. Por ejemplo, el 10,6 % de los bautizados entre 1849 y 1853 en la parroquia de santa María de Quinta de Lor habían recibido agua de socorro; proporción superior a otras parroquias de la zona como santa María de Rao (ningún caso) o san Cristovo de Lóuzara (0,65 %).

Parteras o vecinas: asistencia en el parto

Cuando Antonia Montenegro se puso de parto en 1776, “experimentó muy graves dolores de parto por [los] que fue preciso llamar a don Benito García Capón, cirujano y vecino de la misma villa”; el parto se alargó hasta la mañana siguiente cuando dio a luz “un niño que por parecerle al cirujano venía amortecido le echó agua de socorro”⁴. Ante casos como este, se podría considerar que recibir un bautismo de socorro al nacer era sinónimo de un parto complicado y de la presencia en él de cirujanos, parteras o barberos. Sin embargo, no siempre que nacía un niño débil era por ser un parto duro y que se necesitase la presencia de personal sanitario.

Además, en Lugo era difícil contar con cirujanos, barberos o parteras en un parto; por un lado, normalmente no se podía saber si su presencia sería necesaria y, por otro lado, el hábitat gallego se compone de pequeños núcleos rurales con un reducido número de vecinos. A ello se añade que, hasta la primera mitad del siglo XIX, había un marcado déficit de profesionales sanitarios en las zonas rurales. Todo ello explica la escasa presencia de médicos, cirujanos y parteras en estos casos: solo administraron el bautismo en al 1,9 % de los más de trescientos niños de la muestra.

Gráfico 1. Relación del bautizante de socorro con el recién nacido



Fuente: elaboración propia a partir de 37 parroquias de la diócesis de Lugo.

⁴Arquivo Histórico Diocesano de Lugo (AHDLu), *Pleitos Civiles*, Arciprestazgo de Sarria, Mazo 16

Mayor presencia tenía la familia (18,7 %) y aquellos cuyo parentesco solo podemos sospechar por la homonimia de sus apellidos (11,0 %). Tampoco los eclesiásticos fueron los más activos (12,6 %), a pesar de que tenían bautizar ellos si estaban presentes.

Dentro del grupo marcado sin relación conocida, no hay médicos, ni cirujanos ni barberos, puesto que la valoración social de estos oficios sanitarios implica que los párrocos siempre anotaban ese dato. Anotación que, por el contrario, no sucedía con las parteras, que eran registradas con un único elemento identificativo: nombre o profesión. Valga como ejemplo la reducida información que anota un párroco sobre un bautismo de socorro realizado: “informado de la partera nada tuvo que dudar [sobre la validez del bautismo]”⁵. Por lo tanto, dentro del 59,5 % que figura sin relación conocida puede haber tanto parteras como otras vecinas que, sin dedicarse de forma profesional, tenían experiencia en atender partos. En el citado caso de Antonia Montenegro, ya estando el cirujano presente, la asistieron “otras varias gentes y comadres”, entre ellos su concuñada, Manuela Valcárcel, que declaró haber sido llamada y “pasó al instante a su casa y la asistió”. Otro ejemplo fue el nacimiento de Dominga Fernández, en octubre de 1772, cuya madre, Ángela Fernández, fue asistida por doña Antonia Pérez y Luisa Fernández “con motivo de ser tal vecina de la parte”⁶. Igual de ilustrativas fueron las declaraciones de Manuel Ferreiro y su mujer Micaela Freixedo sobre los nacimientos de dos de los cuatro hijos de Pedro López y María Xorxe, puesto que esta última “como vecina más inmediata” fue “ama y ayudante en el parto” de María⁷.

Además, dado que la Iglesia había establecido una jerarquía de quién debía administrar agua de socorro, es posible que más parteras estuviesen presentes, pero que no ejerciesen dicha función (González López 2019, 130-131). Según las Constituciones Sinodales de Lugo, ante la ausencia de un eclesiástico, debía ser un hombre quien bautizase con preferencia sobre la mujer, preferencia que se respetaba. En julio de 1791, doña María Quiroga bautizó de necesidad al recién nacido Ramón Vicente de la Cruz y, cuando el párroco la examinó, “dijo no había allí hombre alguno que pudiese hacer el bautismo”⁸. Las cifras respaldan el respeto a dicha jerarquía: a pesar de que el parto era un espacio femenino, solo el 24,2 % de los bautismos de socorro fueron administrados por una mujer, frente al 46,6 % de hombres seglares⁹.

Con todo, tanto parteras como matronas cualificadas por estudios eran escasas en Galicia, y todavía más en las parroquias rurales. Incluso en las ciudades, también fueron una figura introducida tardíamente: las casas de maternidad, que debían contar

⁵ ACPDLu, *Libro III de Bautismos de San Xoán da Cova*, 1852-1896, f. 121.

⁶ AHDLu, *Pleitos Civiles*, Arciprestazgo de Cervantes, Mazo 1.

⁷ AHDLu, *Pleitos Civiles*, Arciprestazgo de Castro-Bermún.

⁸ ACPDLu, *Libro I Bautismos de Touville*, 1773-1851, f. 23.

⁹ Además de los citados, el resto de bautismos de socorro fueron administrados por clérigos (12,1 %), personas de sexo desconocido (15,8 %) y parejas (1,2 %).

con matronas, no se abrieron hasta avanzado el siglo XIX y la práctica libre no parece proliferar hasta la década de 1870, cuando en la prensa comienzan a aparecer anuncios.

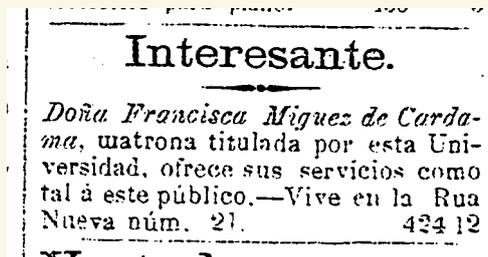


Ilustración 1. Anuncio en prensa de una matrona en la ciudad de Santiago de Compostela. Extracto de *El Diario de Santiago. De intereses materiales, noticias y anuncios*, n.º 1295, 27/10/1876, f. 4.

En consecuencia, aunque la propia asistencia en el parto fuese realizada por mujeres, los actos que gozaban de mayor valor social y reconocimiento, como era salvar el alma del recién nacido y, salvo excepciones, convertirse en el padrino del recién nacido fueron ejercidas por hombres.

Mortalidad infantil

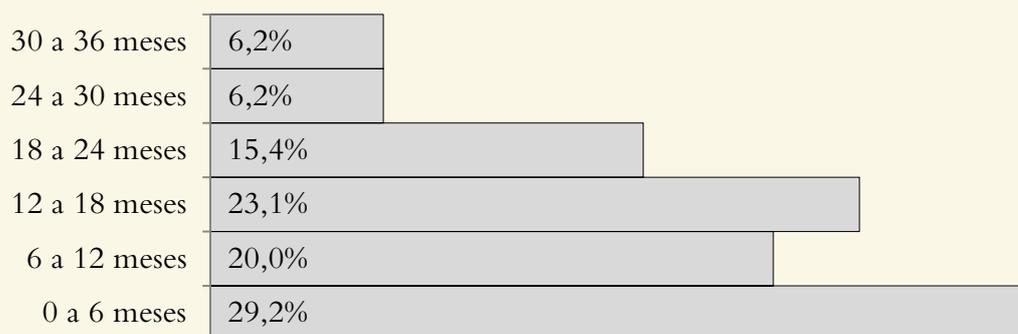
Cabría pensar que el número de niños que fallecían era superior entre aquellos que habían recibido agua de socorro al nacer. Sin embargo, no fue una relación constante. Para analizar esto hemos tomado como muestra los 201 bautizados en una de las principales parroquias de la ciudad de Lugo entre 1850 y 1852, examinando su trayectoria hasta cumplir tres años.

De todos ellos, el 4,0 % recibió un bautismo de socorro al nacer, cifras próximas a las halladas por Saavedra Fernández para distintas zonas de Lugo en el siglo XVIII y XIX (Saavedra Fernández 1992, 84). No obstante, la cifra podría ser superior si se hubiese producido la substitución del bautismo de socorro por el bautismo solemne inmediato en el templo parroquial: el 40,3 % fueron llevados a la iglesia el mismo día de nacimiento y el 50,2 % al día siguiente. De los bautizados de socorro, falleció la cuarta parte, concretamente dos de los trillizos que nacieron en febrero de 1850; por el contrario, la proporción entre los no bautizados de socorro que acabaron falleciendo antes de los tres años fue del 32,6 %.

El riesgo de muerte se concentraba en los primeros seis meses de vida (29,2 %) y, de estos, el primer mes (18,5 %) era el más mortífero. El número de niños muertos en el primer mes podría ser superior, ya que ni en el Registro Civil ni en las fuentes parroquiales se inscribieron los nacidos muertos ni los fallecidos durante el parto. Desconocemos cuántos fueron en el período de estudio (1850-1852), pero las cifras oficiales para unos años después (1862-1870) evidencian que eran casos excepcionales en la ciudad de Lugo y fueron reduciéndose: el promedio para 1862-1865 fue de 16,10 ‰ nacidos muertos o sin bautizar, frente al 2,91 ‰ del quinquenio 1866-1870.

La misma tendencia, aunque en cifras superiores, se manifiesta en el resto de la provincia de un marcado carácter rural: sin contar la ciudad, el promedio para 1861-1865 es de 17,10 ‰ y del 4,29 ‰ para 1866-1870¹⁰. Por tanto, el número de bautismos de socorro y fallecidos en el primer mes de vida no se elevaría más de un 3 %.

Gráfico 2. Reparto de la mortalidad por edad en san Pedro de Lugo (1850-1852)



Fuente: elaboración propia a partir de los libros parroquiales de san Pedro de Lugo y de los tomos de defunciones del Registro Civil (años 1850-1855).

La mortalidad infantil marcaba una clara tendencia descendente, que se asemeja a otras áreas (Saavedra Fernández 1992, 92; Sobrado Correa 2001, 360). El 49,2 % de los niños que fallecían antes de los tres años lo hacía durante su primer año de vida, frente a un 38,5 % en el segundo y un escaso 12,4 % en el tercer año. Como apunta Saavedra Fernández (Saavedra Fernández 1994, 181), la elevada mortalidad todavía en el segundo año estaría derivada del destete, pues en Galicia se practicaba la lactancia prolongada.

Conclusiones

La reducción de la proporción de niños que fallecían en los primeros meses de vida desde finales del siglo XVIII constata un cambio positivo en esa primera etapa de la vida. Resulta lógico que la administración de bautismos de socorro muestre una tendencia a la disminución semejante a la mortalidad.

Aunque hubo avances obstétricos en el siglo XIX, estos difícilmente se incorporaron en las áreas rurales de la periferia peninsular debido a la lenta penetración del conocimiento científico y por el escaso número de médicos en las zonas rurales. Por lo tanto, la asistencia en el parto se mantuvo por parte de mujeres próximas a la

¹⁰ Fondo documental del Instituto Nacional de Estadística (INE), Movimiento Natural de la Población 1861-1870, *Nacimientos y defunciones por sexo y estado civil. Diferencias entre ellos y Nacidos muertos. Por capitales*.

parturienta. El espacio femenino que representaba el parto apenas era roto por la presencia masculina cuando este se complicaba y se necesitaba la atención de médicos o cirujanos. Los factores esenciales que explican el cambio en las tasas de mortalidad en Galicia fueron las mejoras en la higiene y en la alimentación, que favorecieron un mejor desarrollo fetal y, por ende, una mayor fortaleza para sobrevivir al parto y a los primeros años de vida.

Bibliografía

- El Diario de Santiago. De intereses materiales, noticias y anuncios*, n.º 1295-1791, 1876-1881 Accesibles en Galiciana. Biblioteca Dixital de Galicia (<http://biblioteca.galiciana.gal/gl/consulta/registro.do?id=3856>).
- Basilico, Alessio (2010), «“Guadagnar quell’anima”»: battesimi d’emergenza e tempi di attesa dalla nascita nella diocesi di Teramo (1600-1730)», *Popolazione e storia* 11 (1): 9-25.
- Couriol, Étienne (2012), «Godparenthood and social relationships in France under the Ancien Régime: Lyons as a case study», En *Spiritual Kinship in Europe, 1500-1900*, ed. Guido Alfani y Vincent Gourdon, 124-151. London. Palgrave Macmillan.
- González López, Tamara (2019), «Actores y roles en el bautismo de socorro (Lugo, s. XVI-XIX)», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante* (37). Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante. <https://doi.org/10.14198%2Frhm2019.37.05> .
- Hanicot Bourdier, Sylvie Nathalie (2006), «Ensayo sobre la religiosidad de una comunidad vasca en los siglos XVIII y XIX», *Procesos históricos: revista de historia, arte y ciencias sociales* (10): 15.
- Moratinos y Santos, Matías de (1675), *Constituciones Synodales del Obispado de Lugo. Compiladas, hechas y promulgadas por el Ilmo. Sr. D. Matías de Moratinos... en la synodo que se celebró en su Iglesia Catedral de la dicha Ciudad en el mes de Febrero de mil y seiscientos y sesenta y nueve años*. Madrid. Ioseph Fernández de Buendía.
- Rey Castelao, Ofelia (2015), «De la casa a la pila: hábitos y costumbres de bautismo y padrinzago en Santiago de Compostela, siglos XVII-XVIII», En *Vida cotidiana en la Monarquía Hispánica: Tiempos y espacios*, ed. Inmaculada Arias de Saavedra Alías y Miguel Luis López Guadalupe Muñoz, 195-214. Granada. Universidad de Granada.
- Saavedra Fernández, Pegerto (1992), «Datos para un estudio comarcal da mortandade de “párvulos” en Galicia (fins do XVII - mediados do XIX)», *Obradoiro de Historia Moderna* 1: 79-95.

——— (1994), *La Vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*. Barcelona. Crítica.

Sobrado Correa, Hortensio (2001), *Las tierras de Lugo en la Edad Moderna: economía campesina, familia y herencia, 1550-1860*. A Coruña. Fundación Pedro Barrié de la Maza.